

1180153. 12/nov/08

Eurípides

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
**SMJEG**  
Facultad de Humanidades  
UPR-RP

### ANDROMACA

He aquí una tragedia extraña. Acaso la más extraña de Eurípides. Campo bien dispuesto para los psicoanalistas y para los que buscan vericuetos de investigación en la historia del teatro. Vamos a dar un sucinto resumen de los problemas.

El año de su elaboración debe colocarse entre 423 y 421. Hay fechas que pueden alegar variación. En la incertidumbre vale más optar por lo menos inseguro.

Viene en seguida el tema. Muy complejo por cierto. Los críticos apresurados lo tildan de insubsistente. Otros dan como norma la tendencia nueva. Con éstos estoy. Es un drama novedoso y modernista, diría yo, anticipando el sentido del término. No se somete a las tres famosas unidades. A ninguna quizá. En esta aparente confusión es difícil definir el asunto. Voy a intentarlo.

Muere Héctor, queda Andrómaca su mujer. En el reparto de cautivas toca a Neoptolomeo, hijo de Aquiles, que había venido tardíamente a Troya. Lleva éste a la cautiva a su casa. Pero ha habido antes un medio de complicación. Menelao, el infausto esposo de la infausta Helena, ha prometido dar al hijo de Aquiles la hija que le dio la pérdida.

Esta joven se llama Hermione. Nombre triste en presagios: una diosa del Averno llevaba el mismo nombre. La conduce a su hogar Neoptolomeo. Ella no da prole. El varón toma a la cautiva. Nace de su trato un niño. Al abrirse el campo de esta tragedia el niño anda.

Viene así el drama. Vamos a resumir el curso. La esposa agraviada intenta matar a la cautiva y al fruto de su amor con el esposo. La pobre Andrómaca ha enviado aviso a Peleo, padre de Aquiles. Por su parte, Hermione ha llamado a Menelao. La complejidad de la acción se enreda entre estas dos intervenciones.

Surge una más. Menelao había dado en matrimonio de futuro a su hija al hijo de Agamemnon, Orestes. Este sobreviene en el momento más difícil. Interviene y mata a Neoptolomeo por mano de los moradores de Delfos. El drama se cierra con la traída del cadáver y la angustia dolorida de Peleo que se ha quedado viejo y sin prole.

Nada más natural que los apegados a las unidades de Aristóteles vean una trama informe. Si vemos humanamente esta tragedia, hallamos una concepción nueva, como en paralelo. La demostración de este dicho pedía un análisis que aquí no puede hacerse.

La principal belleza de esta tragedia es la de los sentimientos de los diversos locutores expresados en la forma netamente humana y viva. Los Coros mismos, aunque no muy desarrollados, dan material al que desee una más amplia investigación. Hermosura de cuadros indudablemente abunda. Y una de las encantadoras manifestaciones del estro de Eurípides se halla en los contrastes. Cuando va a hablar de lo más

tremendo, entra la delicadeza de una imagen fina. Son muchos los lugares que pudieran darse.

La lectura detenida y repetida dará más que el análisis. Aunque la versión es literal, como en todo caso intenta ser, se ha procurado guardar algo de la belleza del original, que en algunos casos aún se imita en la repetición de las palabras.

## ANDROMACA

### *Escenario*

En Tesalia. Frente al templo de Tetis. Un poco más lejano, el palacio de Neoptolomeo. Andrómaca aparece junto al altar de afuera del templo.

### *Personas*

ANDRÓMACA.

SU CRIADA.

CORO DE MUJERES DE FTÍA EN TESALIA.

HERMIONE, HIJA DE MENELAO Y MUJER DE NEOPTOLOMEO.

MENELAO, REY DE ESPARTA.

MOLOSO, HIJO DE ANDRÓMACA Y NEOPTOLOMEO.

PELEO, HERMANO DE AQUILES.

NODRIZA DE HERMIONE.

ORESTES, HIJO DE AGAMEMNÓN.

MENSAJERO.

TETIS, DIOSA.

PUEBLO, VARIAS PERSONAS QUE NO HABLAN.

## ANDROMACA

ANDRÓMACA.—¡Prez de la tierra asiática, ciudad de Tebas, de donde yo vine un día, colmada de dones, llena del oro de mi dote, al regio hogar de Priamo, para ser la esposa que le forjara hijos a Héctor!

¡Lo que fui entonces y lo que soy ahora! Envidia tuvieron muchas de la suerte de Andrómaca... y hoy, hoy una desdichada, como acaso no hubo una jamás, ni de las que antes vivieron ni de las que han de vivir!

Soy la que vi a Héctor matado por Aquiles; soy la que vi a Astinacte, hijo que le había yo dado, caer en tremendo salto echado de las fortalezas de Troya cuando cayó al poder de los griegos.

Y yo, yo, de una de las más famosas casas de hombres libres, hoy hecha esclava en esta Grecia victoriosa. Fui dada a Neoptolomeo como botín de guerra de la saqueada Troya, a ese que tiene dominio en una isla.

Y habito ahora en Ftia, de la tierra de Farsalia vecina. Fue aquí donde Tetis, lejos de todos los hombres, fugitiva del trato común, vino, con ser diosa, hija del mar, a convivir con Peleo. Por eso el pueblo nombra a este sitio el Tetidio, porque recuerda el connubio de la diosa. Esta casa logró el hijo de Aquiles, Neoptolomeo, en tanto que dejaba reinar a Peleo en Farsalia. Mientras este anciano viva, se rehusa a tomar el cetro.

Y es aquí donde di la vida a un másculo niño, obra del hijo de Aquiles. Es mi amo al fin.

Y, aun sumergida en desdichas, una esperanza me quedaba: ¡acaso algún día, defender, salvar al niño, sea para mí ocasión de dicha en medio del infortunio!

¡Ah, pero se casó él. Buscó a la hija de Menelao, la laconia Hermione! Ya el amo deja a un lado el servil lecho, y ella con dictérios múltiples me atormenta la vida. Ved lo que dice:

Que yo con filtros y medicamentos secretos la he hecho estéril. Que por eso es repulsiva para su marido. Que yo tengo el anhelo de sustituir su puesto en el hogar. Que yo por la fuerza ansío tomar el sitio suyo en el conyugal lecho.

¿Es que a ese lecho yo subí por mi gusto? ¡Se me forzó a hacerlo! Y cuánto tiempo hace que de él me hallo lejos. ¡Séame testigo Zeus: contra mi voluntad fui a ese lecho asociada!

Y ella no lo acepta; ella se con-fabula con su padre para acabar conmigo. Ahora está él aquí en casa; presuroso de Esparta vino. Espantada yo vengo ante el altar de Tetis, cercano al palacio, para refugiarme, para ver si descubro cómo escapar de la muerte.

Peleo y la progenie de Peleo este santuario veneran, como memoria perenne de las nupcias de la nereida.

¡Un hijo sólo tengo: ya lo envié en secreto a casa distinta, temerosa de que halle la muerte! Aquel que lo engendró no se halla en casa junto a mí para ayudarme y nada es su auxilio para su propio hijo.

A Delfos fue el santuario de Febo: a expiar ante Loxias la falta loca que lo llevó a Pitia para pedir justicia por la muerte de su padre. Piensa que con esto se congracia para el futuro, limpio de lo pasado. Que el dios le será propicio.

*Sale la criada del palacio.*

CRIADA.—¡Ama —¿por qué negarte ese título que te di siempre en casa cuando morábamos en Troya? ¡Entregada a ti lo mismo que a tu esposo, cuando estaba vivo!— Vengo a darte nuevas. Temo que alguno de los que imperan lo sepa, pero me duele tu suerte infausta. Menelao y su hija tienen tremendos planes en tu contra. Ponte alerta.

ANDR.— ¡Amada compañera de servidumbre —¡tú, como tu ama, ahora eres esclava!— ¿cuáles son las tretas que ellos están urdiendo para darle muerte a la que ya está colmada de desventuras?

CRIADA.—¡A tu hijo, desdichada, por más que lo alejaste de esta casa, piensan quitar la vida!

ANDR.—¡Pobre de mí...! Y, ella, ¿cómo supo que mi hijo estaba fuera? ¿De dónde? ¡Ay, me siento deshecha!

CRIADA.—No lo sé. Lo que supe fue eso. Salió ya Menelao en busca del niño.

ANDR.—¡Perdida estoy! ¡Oh, hijo, hijo mío; si estos buitres te atrapan te han de matar! ¡Y tu padre, el que se llama tu padre, tardando está en Delfos!

CRIADA.—¡Bien lo entiendo, que si él aquí estuviera, no llegarías a tal extremo de desdicha...! ¡Y ahora desamparada estás de los que amas!

ANDR.—¿Y no hay rumor de que Peleo llegue?

CRIADA.—Ese viejo ni estando aquí podría ayudarte.

ANDR.—Y no una vez le he enviado yo recados.

CRIADA.—¿Qué mensajero piensas que de ti se preocupe?

ANDR.—¡Así es! ¿Y tú no quisieras ser mi mensajera?

CRIADA.—¿Qué he de decir, si mi ausencia se alarga?

ANDR.—Mujer eres al fin: mil excusas puedes hallar.

CRIADA.—¡Es peligroso: Hermione es muy vigilante!

ANDR.—¿Viste? ¡Dejas en la desgracia a tus amigos!

CRIADA.—No, eso no: No lances

tal dicerio. Voy a ir... ¿qué importa la vida de una esclava, si algún mal me acontece?

ANDR.— ¡Parte ahora! Nosotros entre tanto atronaremos el éter con lamentos, con gemidos y con lágrimas. Tal es la condición de las mujeres: consolarse en sus males presentes con llevarlos en la boca y en los labios.

¡Cuántos motivos tengo para deplorarlos! Cayó mi ciudad patria, murió mi Héctor, me ató a negro destino un dios malévolos, al ser dada en nefanda esclavitud...

No hay que llamar feliz a ninguno de los mortales, antes de ver su muerte y cuál fue su final momento cuando partía al mundo de allá abajo.

CORO. ANDRÓMACA SOLA.— Fue para el alto Ilión no una esposa, sino un fatal azote el que Paris condujo a su tálamo al poner en su lecho a Helena.

¡Por ella, oh Troya, destruida fuiste, al filo de la lanza, al ardor del fuego, y te derrumbaste en el polvo, al empuje tremendo del Ares de la Hélade, guarnecido de mil navíos!

¡Y sucumbió también mi amado esposo, a quien arrastró en su carro en torno de los muros el hijo de Tetis la marina diosa!

¡Y a mí también funesta: que arrebatada a mi tálamo, fui llevada a la playa marina, ya oprimido mi cuello por el yugo de la servidumbre!

¡Lágrimas sin medida me bañaban el rostro cuando la ciudad abandoné y mi tálamo y mi esposo que yacía mancillado sobre el polvo!

¡Hado fatal...! ¿Qué necesidad había de que yo siguiera viva para ser la esclava de Hermione, y me vejara ella con su rabiosa inquina?

Al pie de esta ara de la diosa que mis brazos ciñen derramo mi llanto, cual de la roca salta sin cesar el torrente.

*Va entrando el Coro de quince mujeres de Ftía.*

CORO. EST 1.—¡Mujer, tú que yaces aquí en el recinto sacro y ante el ara de Tetis y tan largamente has estado suspirando. Yo soy hija de Ftía, pero vengo a ti, que eres hija del Asia! ¡Con qué placer te diera un remedio feliz para esos males con que te hostiga Hermione! ¡Ah, desdichada, es el rival anhelo de un mismo lecho en que se reparte el hijo de Aquiles!

ANT. 1.—¡Reconoce tu suerte, reflexiona en tu infortunio sin salida en que te ves lanzada! ¡Contra los reyes intentas luchar, tú, hija de Ilión, contra la progenie de Lacedemono! Huye más bien de esta ara en que las víctimas se ofrendan a la diosa de los mares. ¿Qué provecho te viene de agotar con tu llanto ese cuerpo ya escuálido y dolorido? ¡Nada lograrse puede ante el poder de los amos! Domina la violencia: nada eres tú: por mucho que te esfuerces.

EST. 2.—¡Ea, deja la brillante sede de la Nereida divina. Date bien cuenta de que eres sierva en tierra extraña, esclava en un pueblo que no es el tuyo. No tienes aquí amigos, tú la más doliente de las mujeres, esposa infortunada.

ANT. 2.—Hija de Ilión, te acompaña mi compasión más ferviente en la casa de mis amos. Pero el temor invalida nuestra piedad... me estremezco al pensar que puede la hija de la doncella de Zeus darse cuenta de lo que para ti siento (...laguna...).

*Sale Hermione, con su diadema y ropas muy ricas.*

HERMIONE.—Este adorno de oro fino que en mis sienes llevo, estos ropajes ostentosos que mi cuerpo cubren con sus ricos recamados, no provienen de los bienes de Aquiles, ni de los de Peleo que yo haya tomado para salir a público. Vienen de Laconia, de la espartana tierra. Mi padre Menelao me dio estos dones con muchos más como nupcial regalo. Eso declaro abiertamente. Y ahora digo a cada una:

(a Andrómaca).—En cuanto a ti, esclava, botín de guerra ganado a filo de lanza: tienes el intento de dominar en esta casa, echándome a mí fuera de ella. Por causa de tus medicamentos soy repulsiva para mi marido, y mi seno, por obra tuya, se agota infecundo. Hábil y perita en tales maleficios es el alma de las mujeres de esta tierra. A eso yo pondré límite. Y nada ha de aprovecharte este recinto de la Nereida, ni su altar, ni su templo. Tú morirás.

Y si hay alguien, sea dios o sea hombre, que salvarte quiera, es menester quitarte la soberbia de tu anterior estado; hacer que te rindas al suelo y me abracés las rodillas suplicante; barrer esta casa, y regar con las aguas del Aqueloo, aunque las portes en una urna de oro. Y así sabrás por fin en qué tierra te hallas. ¡No hay aquí ningún Héctor, no hay un Priamo, no hay su oro... ésta es una ciudad de Grecia!

¡Mira, infeliz, a dónde te arrastra tu locura: con el hijo de aquel padre que mató a tu esposo te atreves a compartir el lecho, al asesino de él quieres darle hijos! Todo eso propio de salvaje gente. El padre se entrelaza con la hija, el hijo con la madre, la hermana con el hermano y los amigos íntimos se matan uno a otro. Y ni con eso la ley se incomoda. ¡Echa fuera de aquí tales costumbres! No es cosa recta que un solo hombre tenga dominio marital en dos mujeres. A una Cipris tan solo tienen la mirada todos los que no quieren vivir torcidamente.

CORIF.—¡Nació celosa la raza femínea y no pone coto contra las concubinas la que se siente esposa!

ANDR.—¡Ay, es un mal entre mortales la juventud, y en la juventud, el hombre que no conoce la justicia! Me turbo al responderte. Mi condición de esclava acaso me lo veda. Lo voy a hacer. Pero si venzo, no me sea perjudicial haber vencido. Los que se juzgan grandes no pueden tolerar que tengan la razón los que creen inferiores. No me importa: no dejaré de defenderme.

Dime, niña: ¿qué ventaja obtengo con privarte de tus legítimas bodas? ¿Va a suceder que la lacedemonia se rinda a la del país frigio? ¿Que haya un cambio de suerte y tú me veas libre? ¿Tengo acaso juventud y cuerpo floreciente? ¿Tengo amigos y caudales que me impelan a sustituirte de esta casa? Y, ¿eso para qué? ¿Para que yo, en lugar tuyo, dé a luz esclavos? ¿Para que yo cargue con su propia desdicha? ¿Piensas que serían mis hijos reyes de Ftía, si tú ninguno concibes? ¿Es que me aman los griegos por atención a Héctor? ¿Qué era yo una mujer oscura? ¡Era reina de Frigia!

No por mis maleficios te aborrece el marido. Es que eres incapaz de convivir con nadie. Ese es el filtro, mujer, no la belleza. Son las virtudes las que cautivan al consorte del lecho. Y tú no:

A la menor puntilla, levantas por el cielo a Lacedemonia y abates a Esciro. Tú eras la rica entre los pobres. Tu Menelao sobrepasa a Aquiles. ¿Ves? ¡Esa es la razón de que seas repugnante a tu esposo. A la mujer le toca, aunque haya sido unida a marido de baja estofa, plejarse a su destino, y no estar luchando en vencerlo con ampulosos alardes. Supón que te hallas en la nivosa Tracia y tienes a un rey de esposo. En esa tierra donde el varón comparte por turno el lecho con muchas concubinas... ¿ibas tú a matarlas? Denunciarías con eso una avidez de deleites carnales como propia de todas las mujeres. ¡Baldón les infligieras! Cierto es que en nosotras es más ardiente esa dolencia que en los varones, pero al menos le hacemos frente con discreto recato.

¡Oh amadísimo Héctor, yo por ti y por tu causa me asocié a tus amores: si Cipris en sus ardides te hacía extraviar, yo misma di a los hijos de ese ilegal amor la leche de mis pechos, y así te di a saber que para ti rencor no mantenía!

Esa fue mi fiel disposición para mi esposo. ¡Y tú... ah, tú: ni a una gota de rocío que del cielo cayera

quisieras dejar acercarse a tu esposo...! ¡Y la que te dio a luz fue amante de muchos hombres, mujer... no pretendas tú pasar más allá que ella! Hijos de malas madres rehuyan sus hechos, si es que discreción tienen.

CORIF. — (a *Hermione*): Reina mientras tienes ocasión fácil, hazme caso: ríndete a estas palabras.

HERM. — (a *Andrómaca*): ¿Qué pretendes decir con tus retumbantes palabras? ¿Qué? ¿Eres tu casta y yo no lo soy?

ANDR.—En lo que dije nada aludí a eso.

HERM.—Nunca ese tu modo de pensar sea el mío.

ANDR.—Joven eres, pero feas cosas dices.

HERM.—Tú no las dices: las haces contra mí, con todo lo que puedes.

ANDR.—¿Por qué no mejor callas sobre las penas que te brinda Cipris?

HERM.—¿Qué? ¿No es el amor para las mujeres el primero y más alto de los bienes?

ANDR.—Para quien bien lo aprovecha, que si no, es un mal.

HERM.—Esta ciudad no la edificamos con leyes de bárbaros.

ANDR.—Y allá también lo torcido es vergonzoso.

HERM.—Ingeniosa, ingeniosa tú... pero con todo eso, has de morir.

ANDR.—¿Ves la estatua de Tetis que en ti fija sus ojos?

HERM.—La veo que aborrece a tu patria por la muerte de Aquiles.

ANDR.—La arruinó Helena... ¡no fui yo... fue tu madre!

HERM.—¿No cesarás al fin de hablar de mis desdichas?

ANDR.—Veme: ya callo, ya cierro mi boca.

HERM.—¡Habla de aquello que yo vine a saber!

ANDR.—Digo que tú no tienes el juicio que debieras.

HERM.—¿Vas a dejar o no ese sacro recinto de la diosa?

ANDR.—Si tengo que morir, sí; si no es tal cosa, nunca.

HERM.—Eso hecho está: no esperaré a mi esposo.

ANDR.—Y yo antes que venga, no me entregaré a ti.

HERM.—Yo te arrojaré fuego y de tu porvenir nada me curaré.

ANDR.—Préndelo ya: los dioses han de verlo.

HERM.—¡Y que abrasadas arderán tus carnes!

ANDR.—¡Mata ya... ensangrienta este altar de la diosa... ella habrá de ir a tu lado vengadora!

HERM.—¡Mujer salvaje, osada y sin temores... ¿con qué afrontas la muerte impávida? Pero, no... ¡Yo por la fuerza habré de arrebatarte de ese sitio muy en breve y por tu propia voluntad... tengo un medio de obligarte... Pero, debo callarlo.

Ya lo pregonarán los hechos. ¡Quédate allí en ese asiento. Aunque estuvieras fundida con plomo a él, antes de que el hijo de Aquiles regrese, en quien tanta confianza pones, yo te habré de levantar!

*Se mete Hermione al palacio.*

ANDR.—¡Confío en él! ¡Terrible cosa: contra los montaraces reptiles un dios ha dado a los mortales medios de vencerlos, y nadie ha descubierto el remedio contra una mujer malvada que supera al fuego y a la serpiente. ¡Eso somos para los mortales: azote maldito!

CORO. EST. 1ª.—¡Dio el hijo de Maya y Zeus la tremenda señal de inmensos dolores cuando llegó al valle del Ida! Fue la triple carroza tremenda que a las tres diosas conducía. Iban a contender funesta disputa por su hermosura.

Llegaron al establo del boyero a asediar al joven pastor que vivía recluido, allá en la soledad donde tenía su hogar.

ANT. 1.—Llegaron al selvoso valle y su brillante cuerpo bañaron en los vivientes manantiales de la montaña. Van ante el hijo de Priamo y con hiperbólicas palabras de alegato asaltan al boyero.

Con engañosos dichos gana Cipris a Paris... ¡palabras sólo dulces al

oído, y ruina amarga y muerte produjeron a la ciudad de los frigios, al baluarte de Troya!

EST. 2.—¡Ay, ojalá que el día en que este infausto vio la luz primera, aquella misma que le dio la vida lo hubiera arrojado hacia su espalda, para que no viniera un día a morar en las cuevas del Ida!

¡En ese mismo día en que junto al laurel de funesto augurio Casandra con clamores suplicaba la muerte del que iba a dar calamidad para la casa de Priamo!

¿A quién no dirigía ella sus ruegos? ¿A cuál de los ancianos que el popular consejo forman no instaba urgente a que mataran al recién nacido?

ANT. 2.—¡Nunca hubiera caído sobre las hijas de Ilión el servil yugo! ¡Tú, mujer, hoy tuvieras como sede un sitial en la real casa!

¡Se escapara la Hélade de la cruel tempestad de infortunios que, en torno de Troya, por esos diez largos años llevaban errabundos a los jóvenes troyanos con sus largas lanzas!

¡Nunca yacieran solitarios los tálamos matrimoniales, y nunca los ancianos se lamentaran, huérfanos de sus hijos!

Llega Menelao por la derecha con sus soldados y lleva de la mano al hijo de Andrómaca.

MENELAO.—Vengo trayendo a tu hijo, que a ajena casa, a ocultas de mi hija, hiciste que escondido se hallara. Esperabas con esto, tú alcanzar aquí junto a la estatua de la diosa tu salvación, y la del niño allá en poder de quienes lo ocultaban. ¡Te engañaste, mujer, y no pudiste ser más sagaz que Menelao! ¡Deja al momento ese sitio, que si no éste, en lugar de ti, será matado! Medítalo, por tanto: a ver qué es lo que quieres, si morir tú misma, o ver que él muere en tu lugar, pagando el delito que cometes contra mí y contra mi hija.

ANDR.—¡Fama, fama falaz... a cuántos de los mortales ha encum-

brado tu obra, cuando nada eran y nada valían! ¡Gloria ilustre yo auguro para aquellos que la obtienen nacida de la verdad, pero a los que la alcanzan fundada en mentiras, no los veo dignos sino del azar y de una aparente prudencia!

¡Conque eres tú el general en jefe de los griegos que arrebató a Priamo su Troya... tú que eres sólo un insignificante hombre!

¡Sí: a las puras pretensiones de tu hija —¡una chiquilla sólo y nada más!— llegas echando fuego... y te pones a luchar con una infeliz mujer, además esclava! ¡No eres digno de Troya, y Troya no merecía tan bajo vencedor!

Vistos en el exterior, son muy brillantes los que se cree que son discretos... ¡dentro son iguales a todos los hombres! Lo que los distingue acaso es el caudal: ¡esa es su gran fuerza!

Acáremos por fin esta disputa, oh Menelao: ¡dame por muerta a mano de tu hija...! ¡ya arruinada me tiene! ¡Nunca escapar podrá a la infanda mácula del crimen! Tú mismo, entre los más serás también culpable de este asesinato: la misma sangre manchará tu vida.

Supón ahora que yo escapo a la muerte, ¿mataréis a mi hijo? ¡Y habrá acaso alguna vez un padre que mire con tranquilo corazón matar a su hijo? ¡No de tal falta de hombría le dio renombre Troya... él se lanzará a donde su deber lo empuja; será quien haga obras dignas de Peleo y de su padre Aquiles! Lo mostrarán los hechos. A tu hija arrojará de esta casa. Y tú para darla a otro hombre, ¿qué dirás? ¿Vas a decirle que su virtud no pudo soportar a un mal cónyuge? ¡Sabrá lo cierto pronto! ¿Se casará con ella alguno? La verás que encánece en tu casa, sin marido, en yerma soledad.

¡Ah hombre infortunado! ¿No ves venir sobre ti esos torrentes de desdichas? ¿No te parece preferible revelar las ofensas hechas al lecho marital de tu hija, que soportar tal cúmulo de los males que voy enu-

merando? No es necesario por pequeñas acarrear sobre sí grandes males. Y si las mujeres somos un fatal infortunio, no deben ajustarse en semejanza los varones a la índole de las mujeres.

Si como tu hija afirma, yo la tengo hechizada y de posteridad la estoy privando, por mi espontánea voluntad, sin que me fuercen, y sin rendirme al pie de los altares, me ofrezco entera al juicio de tu yerno, su marido. Tan falso es que por mí está sin hijos.

Eso somos. Y tú, de lo que sientes una cosa me espanta: ¡por un pleito de asunto de mujeres destruíste la infortunada ciudad de los frigios!

CORIF. — ¡Demasiado has dicho para ser mujer que con varones contiene, y mucha discreción ha salido de tu mente!

MEN.—Son pequeñas, dices, indignas de quien tiene el mando sumo y de toda mi Grecia. Sábelo bien: un hombre tiene en más dar remedio a la necesidad presente que conquistar a Troya. Y a mi hija yo me uno al combate, pues tengo por muy grande el hecho de que se hallé privada de su tálamo. Las desgracias todas para una mujer vienen en segundo término: perder a su marido es perder la vida. El mandar puede sobre mis esclavos; yo y los de mi parentela podemos sobre los suyos. Que los amigos, si son de verdad amigos, nada propio tienen: todo en común lo poseen. Si me estoy esperando a los ausentes, en vez de disponer lo que me compete, lo mejor que yo pueda, un mentecato fuera, no un prudente.

Levántate ya de ese sitio consagrado a la diosa: si mueres tú, el niño queda vivo; si rehusas la muerte, yo a él lo mato. Uno de los dos tiene que morir.

ANDR.—¡Ay, cruel, cruel es el fallo que dejas a la suerte, para escoger una vida entre las dos! Si yo gano, infortunada soy, infortunada al par si yo pierdo.

¡Oyeme, oye, tú que por bagatelas

atentas a tan grandes soluciones! ¿Por qué me matas? ¿A causa de qué? ¿Qué ciudad traicioné entregándola? ¿Qué niño ha sido asesinado por mi mano? ¿Qué casa puse a fuego? ¡Compartí el lecho con dominadores: fue por violencia! ¿Y a mí me matas y a él lo dejas vivo? ¡Si culpa hay, él es el culpable! Y dejas la causa para destruir el efecto que se ha seguido.

¡Ay, desdichas, ay, patria infortunada: qué tremenda suerte padezco! ¿Qué necesidad hubo de que yo diera a luz un hijo y así duplicara mi propio infortunio?

Pero... ¿a qué lamentarme? ¡Ojos secos ahora... debo sufrir estos males! ¡Vi a mi Héctor deshecho, destrozado su cuerpo, ser arrastrado en pos de la carroza! ¡Vi el incendio funesto de Ilión, tan espantoso! ¡Me vi a mí misma esclava, arrastrada a las naves de los argivos por la cabellera! Y, ¡baldón negro!, cuando llegue a Ftía al matador de Héctor quedé unida...! ¿Para qué, así, vivir? ¿Puede ser dulce para mí la vida? ¿Dónde volver mis ojos? ¿Al mal que sufro? ¿Al mal que ya sufrí? ¡Me queda solamente un hijo, luz de mi vida... y quieren matarlo, lo tienen ya resuelto! ¡No puede ser, no! Yo daré por él mi vida! El es mi única esperanza, en él me siento vivir. ¡Qué afrenta para mí, si en su lugar no muero!

¡Bah, ya del altar me separo! Ya caigo en vuestras manos. Haced lo que queráis. Atadme, degolladme, destruid mi vida.

Hijo, mi hijo, adiós... ¡Para evitar que mueras, tu madre misma se entrega al poder del Averno! Cuando a tu padre abracés, cuando a tu padre beses, le dirás, entre lágrimas, lo que hice por ti. ¡Ah, bien lo veo ahora: para el hombre, quien sea, la vida está en sus hijos! Quien lo medita, sin saberlo, sin haberlo sufrido, no entiende acaso, pero su dicha no es sino miseria.

CORIF. — ¡Sufro al oírlo! ¿Qué mortal puede haber que no se conmueva cuando contempla el dolor

de otro mortal, aunque sea un extraño? Preciso fuera, Menelao, reconciliar a tu hija con ésta y librarla de tales amarguras.

MEN.—¡Atadla criados, codo contra codo! No te placará oír lo que ahora oyes: Si te intimé la muerte de tu hijo, fue para que abandonaras ese lugar santo. Te tomo ahora a ti para darte la muerte. Es tu destino, sábelo. En cuanto a la suerte de tu hijo, ha de definirla mi hija. Ella sabrá si lo mata o le perdona la vida. ¡Entra a casa, pues! Esclava eres y debes aprender a no ofender a los que son libres.

ANDR.—¡Miseria de mí: tu engañosa palabra me hizo caer en la trampa.

MEN. — Puedes pregonarlo ante todos. No soy quien te lo impida.

ANDR.—¿Eso es sabiduría entre los que vivís al borde del Eurotas?

MEN.—Lo mismo que en Troya: quien la hace, la paga.

ANDR.—¿No acatas a los dioses, no crees en su justicia?

MEN.—Vendrá a su hora, creo, pero yo a ti te mato.

ANDR.—¡Y con ese niño que arrancas a mis alas!

MEN.—No yo. A mi hija le tocará, si eso le place.

ANDR.—¡Ay, ay... ahora por ti debo llorar, hijo mío!

MEN.—La esperanza que le resta no es para agradar a nadie.

ANDR.—¡Ciudadanos de Esparta, los más aborrecibles para todo mortal! ¡Príncipes del engaño, urdidores de males, almas torcidas, incapaces de tener un sano pensamiento... daos cuenta... torcer la justicia es dar la ruina a toda la Hélade...! ¿Qué ignominia os falta? ¿Dónde hay más criminales asesinos? Ambición desvergonzada, disfrazada con palabras halagüeñas... ¡eso, eso es lo que impera entre vosotros! ¡Ojalá perecierais para siempre! La muerte para mí no es tan odiosa, como lo imagináis... Muerta estoy desde el día en que sucumbió la infortunada Troya, desde que fue destruido mi ilustre esposo que tantas veces, a

ti Menelao, te ahuyentó con su lanza y de un pobre hizo un fugaz marinero.

Contra una mujer ahora ostentas el poder enfurecido de tus armas. Matarme quieres. Mátame ya. No pienses que mis labios van a decir un halago adulatorio hacia ti ni hacia tu hija. Grande fuiste en Esparta: yo fui grande en Troya. Hoy soy desdichada: tú no te ufanes: a su vez tendrás del infortunio la experiencia.

*Van Andrómaca y su hijo al interior del palacio llevados por los siervos de Menelao que va en pos de ellos.*

CORO. EST. 1. — ¡Jamás, jamás apruebo gemelo amor para los mortales, que no haya en el hogar hijos que vengan de dos madres! ¡Germen de odio en los hogares es que engendra desventuras! ¡Una mujer y un lecho tenga el varón y con nadie comparta la ventura de su esposa en el tálamo!

ANT. 1.—¡Eso mismo en las ciudades! ¿cómo dos poderes pueden regir? Habrán mayores males que uno solo hiciera. Es carga sobre carga echada a los hombros de los ciudadanos. Y cuando dos poetas forjan un solo canto, las Musas entre ellos suscitan la contienda.

EST. 2.—Si en barca combatida por la feroz tormenta dos son los pilotos que rigen el timón, o una turba trata de gobernarlo, nada son entre todos: uno sólo es quien triunfa.

Esa es la unidad del poder, lo mismo en el hogar que en la ciudad y sólo así se logra la robusta existencia y la salud de todos.

ANT. 2.—Esa espartana, hija del gran capitán Menelao, mostrando va lo que es: celosa de otra en su propio lecho, ved que va a dar la muerte a la infeliz muchacha que en Ilión nació. Y también a su hijo, loca de una venganza sin sentido.

¡Contra los dioses, contra las normas, contra toda clemencia es ese asesinato! ¡Oh reina, vendrá un día

en que la amarga pena caiga en tu alma.

CORIF.—Ya veo frente al palacio la pareja estrechamente unida destinada a la muerte. ¡Desdichada mujer, y tú, niño infortunado, tú morirás por la unión marital de tu madre y nada has hecho tú contra esta casa!

*Llega Andrómaca atada de manos y el niño con ella asido a sus ropas. Tras ella, Menelao con sus esclavos.*

ANDR. EST.—¡Yo soy, ya voy a la honda tierra, con las manos atadas tan estrechamente que sangran!

NIÑO.—¡Madre, madre, también yo, bajo tu ala, voy a la tierra inferior!

ANDR.—¡Infando sacrificio, señores que regís Ftía!

NIÑO.—¡Padre, al fin, sé amparo de los tuyos!

ANDR.—¡Vas al reposo, hijo, sobre el pecho de tu madre: muerto tú, a ella muerta seguirás al Hades!

NIÑO.—¡Ay, qué será de mí... ¡Infeliz yo como infeliz tú, madre mía!

MENELAO.—Bajo tierra id: de baluartes enemigos habéis venido. Por doble ley a muerte estáis destinados. A ti, te condena mi fallo; a este niño, el de mi hija, Hermione. ¡Como que fuera locura enorme dejar que sobrevivan enemigos, hijos de enemigos, si se puede librar de temores esta casa con matarlos!

ANDR. ANTIS. — ¡Esposo, esposo mío...! ¡Cómo no tengo tu mano y tu lanza que me defienda, oh hijo de Priamo!

NIÑO. — ¡Pobre de mí...! ¿Qué encanto podré hallar que de mí aleje la muerte?

ANDR.—(señala a Menelao): Ruega, hijo, échate a sus rodillas: él es el que manda.

NIÑO.—(obedece): ¡Amigo, amigo, evítame la muerte!

ANDR.—¡Baño en llanto las niñas de mis ojos... goteando van las lágrimas, cual de la enhiesta y tersa roca, del sol alejada, destila el agua lentamente! ¡Desdichada de mí!

NIÑO.—¡Ay de mí...! ¿Qué remedio hallaré contra mi infortunio?

MENELAO.—¿A qué a mis pies te arrojas? ¡Rogando estás a una marina roca o a la insensible ola! Yo por los míos procuro: ningún amor to tengo. Un largo lapso de mi vida agoté para cautivar a Troya y a tu madre. ¡El beneficio que hoy obtiene es que bajas con ella al subterráneo Hades!

*Saca la espada para herirla.*

CORIF.—¡Veo venir a Peleo. Aunque viejo, con paso apresurado se aproxima!

*Entra Peleo seguido de la esclava troyana que fue en su busca.*

PELEO.—¿Esto qué es? A vosotros pregunto, y a ti, que a ejecutar te preparas. ¿Qué es? ¿Por qué es? ¿De qué mal está peligrando la casa? ¿Qué estáis urdiendo, sin haber hecho juicio?

¡Detente, Menelao, no te apresures sin hacer justicia! Acércate tú más, mujer, no hay tiempo que perder en este hecho. ¡Haré un esfuerzo por recobrar mi vigor juvenil: ahora es cuando! Cual la brisa que sopla sobre la vela dulcemente, quiero dar a esta infeliz un viento favorable.

(a Andrómaca)—¿Con qué derecho te han atado las manos y te llevan a ti y a tu hijo contigo? ¡Cual si fueras oveja, con el corderillo al lado, vas a sucumbir, estando ausentes yo y tu dueño!

ANDR.—(señalando a Menelao y sus siervos): Estos, anciano, estos son: Me llevan a la muerte, como lo ves, a mí junta con mi hijo. ¿Que he de decirte? No ves, mil veces, te he rogado por mensajeros con instancia.

La vengadora ira de la hija de este hombre ya debes conocerla: ya sabes por qué muero. Y ahora, tras haberme arrancado por la fuerza del altar de Tetis, la venerada madre de tu hijo Aquiles, a la cual tanto honras, me llevan ya a la muerte, sin juicio alguno, sin atender a los ausentes... ¡Claro, miran que estamos

solos, yo y mi hijo, a quien quieren matar con su madre! Yo me postro ante ti, yo toco tus rodillas suplicante, ya que atadas tengo las manos para tocar tu barba en ademán de ruego... ¡por los dioses, defiéndenos!

¡Si no lo haces, morimos, ignominiosamente para vosotros, desgraciadamente para mí, oh anciano!

PELEO.—(a los esclavos): ¡Desatad esas cuerdas! ¡Pronto, antes que alguno tenga que lamentarlo! ¡Dejad libres esas manos!

MEN.—Lo impido yo. No valgo menos que tú y soy más dueño de ella que tú pudieras serlo.

PEL.—¿Qué? ¿Has venido aquí para regir mi casa? ¿No te basta gobernar en Esparta?

MEN.—Yo la cautivé a ésta cuando arrasaba a Troya.

PEL.—El hijo de mi hijo la recibió cual premio.

MEN.—¿Lo mío no es de él, y lo suyo no es mío?

PEL.—Puede ser: para tratarla bien, no para matarla con violencia.

MEN.—Pues de mi mano nunca habrás tú de sacarla.

PEL.—Con este cetro te ensangrentaré la cabeza.

MEN. — ¡Tócame y veremos! ¡Atrévete a acercarte a mí!

PEL.—¿Tú entre los hombres, vil entre los viles? ¡Malvado como nadie! ¿Cómo y desde cuándo te cuentas entre los varones? ¡Un hijo de Frigia te robó a tu esposa! ¡Dejaste la casa sin cerrojos, el hogar sin esclavos que guardaran, cual si tu mujer hubiera sido la más casta y discreta! ¡Esa infame la peor de las mujeres! Y aunque ella hubiera querido ser honesta, una mujer no puede serlo en Esparta. Allí juntas con los mancebos, dejan la casa, van a las palestras y a los estadios, con los miembros desnudos, con las ropas flotando en el aire. ¡Para mí detestables costumbres! ¿Es posible admirarse, entonces, de que no eduquéis mujeres castas?

¡Habrá que preguntarlo a Helena, que al abandonar tu hogar, lo dejó

a Zeus protector del amor conyugal, para ir a tierra ajena con un jovenzuelo! Y, ¿por una mujer así pudiste tú levantar tan numerosa turba de guerreros para ir a Ilión? ¡Lo que tenías que hacer, cuando advertiste su felonía, no era poner en acción la lanza, era echarla a lo lejos con asco, cual basura se arroja, y aun pagar a quien se la había llevado, por haberte librado de tal desdicha!

No lo entendiste así y mil almas perdiste con tu necia tentativa: y así madres sin número dejaste solitarias en su casa, privadas de sus hijos; así también a encanecidos padres arrebataste sus nobles hijos... ¡Uno de esos soy yo, desdichado de mí! ¡En ti yo miro al funesto matador de Aquiles! Y tú tornaste de Troya sin heridas, con limpias armas en sus guardas; intactas, como las llevaste, así las trajiste: ¡muestra de tu cobardía!

¡Cuántas veces yo dije a mi nieto, cuando a casarse iba, que a ti no fuera, que no tomara por esposa al retoño de una mujer perdida! ¡Sacan a vista la desvergüenza de sus madres! Los que intentáis maridaje, pensadlo bien: tomad por mujer a una hija de mujer honesta.

Y más sobre todo esto: ¿Qué te hizo el hermano, para que lo indujeras a sacrificar a su hija, cuando tan locamente te lamentabas de haber perdido a una esposa culpable? Y sigo aún: Cuando tomaste Troya, ¿qué le hiciste a la infame? En tus manos estaba, ¿por qué no la mataste? ¡Te venció con un beso! ¡Pudiste tú acariciar con ternura a la traidora, a esa perral! ¡Te venció Cipris: eres un cobarde, sin vigor masculino!

Y, ¡vienes ahora a casa de mi hijo a hacerte el fuerte, cuando él se halla lejos! ¡A una infeliz pretendes darle muerte, juntamente con su hijo! ¡Ah, no será: tú y tu hija que en esta casa mora lo pagaréis con llanto!

¿Qué importa que este niño sea bastardo? Un sol mediocre hace a la tierra dar frutos ricos, y cuántos

bastardos son más excelentes que los hijos legítimos!

¡Lárgate con tu hija! Más vale a los mortales tener por pariente afín a un pobre de honra que a un ladrón enriquecido. Y tú no vales nada.

CORIF.—De mínimo principio saca la lengua para los hombres gran contienda. Esto huyen los mortales, si son cuerdos: no provocar la ira de su amigos.

MEN.—¿No dicen que los viejos son discretos? ¿No tienen fama en Grecia estos de ser sensatos? Tú eres Peleo, hijo de glorioso padre, tú que te has adherido a nuestra alianza, y estás diciendo tales desvergüenzas. Y, todo, ¿por qué? Por una mujer bárbara, a la que debieras echar más allá del Nilo, más allá del Faso, o invitarme a mí que yo lo hiciera. Viene ésta de aquella tierra en que tantos griegos sucumbieron al golpe de la lanza; está empapada en la sangre de tu hijo. Sí, París mató a tu hijo Aquiles, pero era París hermano de Héctor, y ésta fue esposa de Héctor...

¡Y bajo tu techo habita, y con ella compartes la mesa, y dejas que en tu hogar mismo engendre hijos que serán tus enemigos! ¡Y cuando yo pretendo, cuidando tus bienes, como los míos también, darle muerte, me la quitas de las manos! Y hay más: me da vergüenza tratar este tema, mas debo hacerlo: Si mi hija no tiene hijos, y esta mujer los concibe, ¿harás que en Ftía reinen? ¡Bárbaros por nacimiento, van a regir a los griegos! ¡Ah, pero yo estoy loco, cuando intento justicia, y tú, sí, sí estás en tu juicio...!

Y razona más: si tú hubieras dado a tu hija a cualquiera de los ciudadanos y ella se hallara en la situación que la mía, ¿guardarías silencio? No lo creo yo. Y ahora, por una extraña, estás vociferando contra tus naturales amigos. La misma fuerza tiene el derecho del varón y la mujer: ella, si es ofendida por el marido; él igualmente, si ella es una casquivana que en su casa sostiene. Y ella, en el caso, tiene un firme

sostén en sus allegados y en sus amigos. ¿Luego no es justo que yo a los míos auxilie?

Viejo, muy viejo eres: de mi obra militar no hables. Mejor cállate. Desdichada fue Helena, sí; pero no fue obra suya: fue decreto de los dioses y con eso hizo grandes bienes a los griegos. No eran ellos peritos en las armas: hoy son fuertes y viriles: el ejercicio es el maestro único para los hombres. Y si no la maté cuando la ví, hice muy sabiamente. No hubiera yo tolerado ver que tú matabas a Foco.

Y esto que digo nace, no de ira sino de buena discreción. Tú te excedes porque estás dominado por la lengua sin freno. Para mí es más provechosa la previsión.

CORIF.—¡Cesad ambos al fin—será lo más prudente—de vanas palabras no vayan a salir dos desgracias!

PEL.—¡Ah, qué errores en Grecia se propalan! Cuando los trofeos de la victoria son tremolados por un ejército, no es al soldado que sufrió la pena, sino al general a quien se le atribuye la gloria. El es uno; entre miles blande la lanza y haciendo lo que es de uno solo, arrebatada la gloria más alta. Muy altivos en sus cargos, se juzgan los que rigen la ciudad superiores al pueblo, y nada son ellos. Otros hay que los vencen en discreción y tino; y solamente les ha faltado la osadía y el arrojo de voluntad.

Eso pasó con vosotros, contigo y tu hermano: hinchados con el renombre de Troya vencida, ufanos de haber comandado el ejército allá: otros se afanaron y sufrieron, y vosotros os jactáis de la victoria.

Mas no. Voy a mostrarte yo que París, el de Ida y yo mismo, Peleo, el anciano, tenemos los mismos tamaños que tú pretendes tener. Sal de esta casa presto; llévate a tu hija estéril. Que si no mi hijo ha de venir a sacarla a rastras, asida de la cabellera. ¡Ella infecunda no quiera que otras se gocen de hijos porque ella no los tiene! Desgracia suya

es la de no ser madre, y, ¿por eso nosotros hemos de estar sin hijos?

¡Vamos, esclavos: pronto, a un lado de ella y lejos! ¡Quiero ver si hay alguno que me impida desatar sus manos!

*Se acerca a Andrómaca:*

Levántate. Yo, el viejo tembloroso por los años voy a soltar los nudos que estrechan tus manos.

¡Ah, Menelao infame...! ¿Así ataste estas manos? ¿Pensabas que era un toro? ¿Pensabas que era un león? ¡Cobarde...! tus temores eran de que ella te hiciera resistencia... ¿Podía acaso tomar una espada?

Ven, criaturita, ven, ayuda a desatar las manos de tu madre. Yo te he de criar, yo, sí. Y has de ser tú el peor adversario de este hombre. Tú serás grande en Ftía... ¡Los de Esparta... ellos tienen la fama y la gloria de ser diestros en la guerra... pero vosotros podéis ser superiores a ellos!

CORIF.—¡Tremenda cosa es la ira de los viejos: cuando el furor de cólera los invade, nadie afrontarlos puede!

MEN.—Demasiado te excedes para ofender. Vine a Ftía por fuerza. Ni hacer, ni padecer injurias quiero. Mi tiempo es corto. Me regreso a casa. No lejana de Esparta hay una ciudad hostil para nosotros, y era antaño nuestra amiga. Iré contra ella y con mi ejército la reduciré al orden. Cuando yo haya acabado felizmente, ya tornaré acá. Me enfrentaré con el marido de mi hija. Discutiré con él. El oirá mis razones; yo he de oír las tuyas. Si a ésta castiga y se muestra en lo que siga discreto y prudente hacia nosotros, también con discreción lo trataremos. Pero si se remonta en vuelo de su enojo, se quebrará en mi enojo. Conforme sean sus hechos habrán de ser los nuestros. Lo que tú dices no me inmuta: eres ya una sombra que atraviesa el camino y eres un pura voz que vibra ya sin brío: todo se te acabó, sólo la palabra te ha quedado.



PEL.—(al niño): Llévame, niño. Aquí, junto a mí. Sostén mi mano. Y tú también, mujer. Pasó la tempestad enfurecida: has arribado al puerto en que el viento es apacible.

ANDR.—¡Anciano, que los dioses te den bienes, a ti y a tu progenie! Salvaste a mi hijo; me salvaste a mí la sin ventura. Mas, ponte en guardia. Por ese camino pueden ponernos emboscadas. Solitario es; débil tú por anciano; débil yo por mujer, y el niño, ¡tan pequeño! Cuida, cuida bien. No vayamos a caer en sus manos otra vez.

PEL.—¿Quieres darme el sentido de cobarde, cual si mujer yo fuera? ¡A buen fin! ¿Puede haber quien contra vosotros levante la mano? ¡Se alejaría llorando! Por favor de los dioses, una turba de caballos y muchedumbre de hombres armados hay en Ftía. Están a nuestras órdenes. Y yo estoy fuerte, erguido y no tan viejo como tú te lo piensas. Y para un hombrecito como éste, con sólo verlo alcanzo la victoria. No importa que sea yo viejo. Contra muchos jóvenes un viejo tiene mayor fuerza de alma y más destreza. ¿Qué le da al buen mozo su figura, si es un cobarde?

*Salen todos de la escena. Queda el coro.*

CORO. EST. — ¡No nacer a este mundo, o tener por ancestros padres de noble fuerza y una casa sin tacha en que el honor rige! Si llega el infortunio, para hijos de prosapia nunca falta la ayuda. Quien de raza de nobles a esta vida llega ya tiene asegurada la gloria y el honor. Las huellas de los nobles el tiempo no las borra y aun cuando han sucumbido al poder de la muerte siguen resplandeciendo.

ANT.—Mejor nunca alcanzar la victoria si ha de ser por el mal medio, validos de la fuerza para abatir la justicia. Dulce, sí, a los mortales es al momento de conseguirla, pero con el tiempo se va desvaneciendo y se convierte en afrenta de las casas de quien la alcanzó. Esta es vida

que yo ansío y esa es la que tolero: que nunca tenga yo en el tálamo o en la ciudad un poder sin justicia.

EPODO.—¡Viejo, progenie de Eaco: ahora convencido estoy: al lado de los Lapitas hiciste frente a los Centauros con esa gloriosa lanza. Ibas en la nave Argo a hender las hostiles olas de las marinas Simplégadas en aquel renombrado viaje. Y ya en Ilión cuando el hijo de Zeus quiso echar en su ilustre enojo la red de la muerte, tornaste a Europa compartiendo su gloria!

*Sale del palacio la nodriza.*

NOD.—¡Mujeres amadísimas: desgracia tras desgracia hoy en esta mansión se acumula! La reina de esta casa, Hermione digo, abandonada por su padre y conocedora de su delito con que intentaba acabar con Andrómaca, así como con su hijo, hoy quiere quitarse ella la vida. Estremecida está al temor de su esposo y se siente invadida de pavor al pensar que va a ser expulsada de esta casa con gran vergüenza, por sus malos hechos. O que puede ella misma ser ajusticiada, por haber intentado ajenas muertes.

¡Con qué trabajo han logrado los domésticos impedir que se echara el lazo al cuello o tomara una espada, que ellos iban quitando de su alcance! Es que la atormenta el pensamiento de sus malos hechos y la antigua maldad le roe el corazón. ¡Y yo, qué esfuerzos he hecho para estorbar que ella, mi ama, se ahorcara...! Entrad vosotras, entrad al palacio. Los amigos nuevos suelen tener mayor ascendiente y se hacen oír.

CORIF.—¡Sí, ya dentro de casa oímos a los criados. Sus clamores confirman lo que tú nos has dicho. Ah, la infeliz dirá cuánto su acción le pesa. Ya viene del palacio; ya huye de sus criados, ansiosa de morir!

*Salta Hermione al escenario, descompuesta y con los cabellos al aire.*

HERM. EST. 1.—¡Ay, ay... mis cabellos meso y van mis uñas arando mis mejillas!

NOD. — ¡Hija! ¿Qué haces? ¿Tu cuerpo desfigurás?

HERM. ANT. 1.—¡Ay, ay... fuera velo y al aire, lejos de mi cabello, oh velo fino y sutil!

NOD.—¡Hija, cubre tu pecho, arréglate la túnica y el manto!

HERM. EST. 2.—¿A qué cubrirme con capas? ¡Si mi modo de obrar es claro, patente, abierto a mi esposo!

NOD.—¡Te duele, sí, haber intentado la muerte de la rival de tu lecho!

HERM. ANT. 2.—Di mejor que estoy agobiada por la audacia de mi acción... ¡Maldita, maldita soy entre los mortales!

NOD.—A perdonarte va ese error tu esposo.

HERM.—¿Para qué me quitaste la espada de la mano?... ¡Dámela, amiga, dámela: la clavaré en mi pecho...! y, ¿por qué de mis manos alejaste la cuerda?

NOD.—¿Te iba a dejar caer en el delirio, te iba a dejar morir?

HERM.—¡Suerte infeliz! ¡En dónde está la amiga llama del ardiente fuego? ¿Desde qué peñascal puedo arrojarme? ¿En qué mar abismarme? ¿En qué lóbrego bosque he de perderme? ¡Así ya muerta tornaré a las sombras...!

NOD.—¿Por qué así te atormentas? A los mortales, hoy o mañana, los dioses envían siempre el infortunio.

HERM.—¡Me abandonaste, ay, me abandonaste, oh padre, en playa solitaria y me dejaste como barca sin remos! ¡Ha de acabar conmigo, ha de acabar!

¡Ya no he de morar en el matrimonial tálamo! ¿A qué estatua de dioses habré ya de acogerme? ¡Esclava al fin, tendré que rendirme ante otra esclava! ¡Ah, que yo fuera un ave para evadirme de esta tierra de Ftía! Agitara con brío mis negras alas. ¡Ah, que yo fuera un barco de ligero pino, que al menor empuje

va en primer viaje a las Rocas Cianeas...!

NOD.—Niña, si no aprobara antes aquellas exorbitantes injurias contra la troyana, menos apruebo ahora tu temor sin medida. No un esposo leal así desharía el trato de unión por los baladíes dichos de una salvaje. No, tú no eras esclava traída como botín de guerra de la arruinada Troya: eres hija de un padre noble; llegaste con muchos dones de dote; provienes de una ciudad próspera. ¿Va a dejarte tu padre, como temes? ¡Va a consentir, oh hija, en que de esta casa seas expulsada? Entra, por tanto, no fuera de casa des espectáculo de tus fantasías y no te rebajes al debido desprecio ante los ojos de otros.

*Entra al palacio la nodriza. Por la derecha asoma Orestes.*

CORIF.—Ved, un viajero llega; viene a nosotros con paso acelerado.

ORESTES. — Extranjeras, decid: ¿Es ésta la casa del hijo de Aquiles? ¿Esta es la casa real?

CORIF. — ¡Bien lo sabes! Y tú, ¿quién eres para preguntarlo?

OR.—Hijo soy de Agamemnon y Clitemnestra. Mi nombre es Orestes. Me encamino al oráculo de Zeus en Dodona. Pues he tocado a Ftía en mi viaje, me pareció conveniente indagar algo sobre una parienta mía! ¿Vive cierta mujer llamada Hermione, nacida en Esparta? Lejana como está su habitación, no es menos amada de nosotros.

HERM.—(se adelanta y se arroja ante Orestes): ¡Hijo de Agamemnon, tú te presentas cual en la dura tempestad el puerto para los navegantes! Yo abrazo tus rodillas: sé testigo del mal que estoy sufriendo. No es bueno mi destino, paso por tristes hechos. Mis brazos a tus pies son cual racimos que suplicantes se alzan ante el ara.

OR. — ¡Ah!, pero, ¿qué es esto? ¿No estoy soñando? ¿No veo ilusiones? ¿Es verdad que mis ojos están viendo en esta joven hija de Menelao, la reina de esta casa?

HERM.—¡La única soy que la mujer Helena, hija de Tindaro, dio a mi padre! No me desconozcas.

OR.—¡Febo salvífico: líbrala de sus males. ¿Qué es? ¿Padeces infortunios de parte de los dioses, de parte de los hombres?

HERM.—Unos de mí misma proceden; otros, del hombre que me tiene por suya; otros de un dios... pero por todos lados estoy a la muerte.

OR.—¿Y qué desdicha a una mujer puede sobrevenirle, si aún hijos no tiene? ¡Sólo la nacida de sus bodas!

HERM.—Es el mal que padezco... bien has acertado.

OR.—¿Tiene tu esposo un amor que no seas tú?

HERM.—¡A esa cautiva que compartió el lecho de Héctor!

OR.—¡Gran mal has dicho: varón con dos mujeres!

HERM.—Eso es, no más. Y pretendí vengarme.

OR.—¡Cual de mujer a mujer algo contra ella tramaste!

HERM.—Muerte para ella y muerte al hijo espurio.

OR.—¡Y los mataste! ¿Algo fortuito los libró?

HERM.—Ese viejo Peleo protegió a los malvados...

OR.—¿Alguien participaba de tus intenciones asesinas?

HERM.—Mi padre que de Esparta a eso vino.

OR.—¿Y lo venció la mano de ese viejo?

HERM.—Sintió vergüenza y se marchó dejándome sola.

OR.—He comprendido. Por tales hechos tuyos tienes miedo a tu esposo.

HERM.—Lo sabes ya. Según justicia, tendrá que matarme... ¿para qué decirlo?

¡Oh, por Zeus el que ampara los vínculos de sangre, yo te imploro, Orestes: Envíame lejos de esta tierra, lo más lejos posible, o condúceme al hogar de mis padres. ¡Parece que esta casa misma adquiere voz para pedir mi destierro y esta tierra

misma de Ftía me aborrece! Si mi marido llega de regreso del oráculo de Febo y aún me halla aquí, me matará con la más infame de las muertes. O me hará esclava de la que en el lecho, antes mío, ha de yacer. Ella a quien hasta hoy he dominado.

¿Cómo y por qué —podrá decirme alguno— tal error cometiste? ¡Visitas de mujeres malvadas me perdieron! Me decían estas palabras que hacían crecer mi airado orgullo: "¿Cómo consientes que esa infeliz esclava, cautivada en la guerra, participe del tálamo que a ti te pertenece? ¡Ah, no, por la Reina de los dioses: en mi hogar ni un momento vería la luz del día, si tenía el descaro de profanar un lecho conyugal que es mío!"

Y yo escuché la voz de estas sirenas y atendí a sus astutas y bien forjadas parlerías y me arrebató el viento de la locura...

¿Qué necesidad había de que yo vigilara a mi esposo, si nada me hacía falta? ¡Grande el caudal, señora y reina en mi casa... bien podía yo tener mis hijos bien nacidos y ella, los suyos, semiesclavos, al servicio de los míos?

¡Nunca, nunca varón que tiene juicio, no he de cansarme de decirlo, debe permitir que su esposa reciba en su hogar a otras mujeres! ¡Como que son maestras de maldades! Una, por la ganancia pervierte a la esposa: otra, perdida ya en sus costumbres, quiere tener una compañera de sus vicios, y cuántas, cuántas están contaminadas de liviandad...! ¡Este es el origen de que los hogares de los maridos estén dominados por mil males!

¡Cuidado con todo eso: custodien bien las puertas de la casa cerrojos y aldabas! ¡Nada bueno traen de afuera esas visitas de mujeres... y males, males sí y muchos!

CORIF.—¡Demasiado has soltado la lengua contra tus compañeras de sexo! Muy excusable es en el momento presente, pero las mujeres deben ser quienes cubran con indulgencia las miserias mujeriles.

OR.—Discreto documento a los mortales dio el que les enseñó a recoger las palabras de los adversarios. Yo todo eso sabía: supe de tu discusión con la mujer que fue de Héctor. Pero seguí esperando. A ver si estabas en tu puesto aún, o ante una esclava de temor habías huído, dejando esta mansión. Y ve que he venido, sin esperar mensaje tuyo. Vine a ver si me abrías el alma para llevarte. Ya lo hiciste ahora... ¡Eras tú mial! Si con este hombre habitas, a la maldad de tu padre se debe. Antes que fueran a la tierra de Troya a expedición funesta, te dio a mí por esposa. Pero más tarde hizo promesa a ese que en su poder te tiene, de darte a él, si triunfaba en Troya.

Regresó a esta ciudad el hijo de Aquiles. Yo perdoné a tu padre, pero al que es tu marido le rogué que renunciara a la boda contigo. Le dije de mis infortunios de hoy y la ira de los dioses que en mí pesa. Bien entre mis amigos hubiera podido alcanzar una esposa, pero andaba en fugas: de fugitivo errante y de mí mismo desterrado acaso.

El me vilipendió altanero. Me reprochó la muerte de mi madre, me recordó el rencor de aquellas diosas de ojos sanguinolentos.

Yo me rendí humillado. ¿Qué hacer en mi desgracia? Sin hogar, sin parientes, sufría cual sufro aún. Me alejé sin tu boda y me fui desolado...

Pero hoy mudó tu suerte. Abismada en conflictos, tú no sabes a do volver los ojos. ¡Aquí estoy yo: te llevaré a tu casa paterna, te entregaré a la mano de tu padre! Tremendo es el lazo de la sangre y en los infortunios nada es tan útil como el amor de un allegado.

HERM.—Las soluciones de mis bodas a mi padre tocan: yo juzgar en ello no debo. Pero, ¡cuánto antes, sácame de esta casa! No llegue antes mi esposo, ni Peleo, cuando sepa que me alejo, vaya en pos de mí en ligeros corceles.

OR.—¡Nada te arredre el brazo de un anciano! Y al hijo de Aquiles

tampoco temas, tras el oprobio que contra mí hizo. Lazo de muerte traigo, malla de hilos irrompibles para él, por mi mano dispuesta. Cumplido eso, es cuando yo lo diga. Y la roca de Delfos ha de saberlo. El matricida va a mostrarle que no debió desposarse con quien no le correspondía, si es que no me falla la ayuda de mis colegas, juramentados en la tierra Pitia. Y amarga va a ser para él la petición de justicia que hizo a Febo por la muerte de su padre. Nada habrá de aprovecharle el tardío arrepentimiento ni las expiaciones que haga ahora. El y mis acusaciones han de lograr para éste la ruina. Entonces conocerá lo que es mi venganza. El numen funesto trueca a desgracia la fortuna de quien se le mostró enemigo, y nunca deja que el malvado se ensoberbeca altivo.

*Salen Orestes y Hermione.*

CORO. EST. 1.—¡Febo que cimentaste los baluartes de Ilión! ¡Rey de la inmensidad que con cerúleos corceles surcas los mares en tu veloz carroza...! ¿Por qué, por qué entregásteis sin honra a Enyalo el aguerrido, vuestra antigua obra? ¿Por qué a la infortunada, sí, la infortunada Troya habéis desamparado?

ANT. 1.—¡Cabe la corriente del Simois uncisteis a los carros bélicos corceles a millares; enardecisteis la batalla en el pecho de mil varones... ¡y no vino la victorial! Pasaron, perecieron los reyes hijos de Ilión! ¡No brilla ya en las aras de Troya el fuego sacro, ni se eleva el humo de las víctimas!

EST. 2.—¡Murió un Atrida a manos de su esposa! ¡Su crimen ella pagó con la muerte! ¡Fue el premio que sus hijos le brindaron!

¡Un dios lo había ordenado: fue oráculo divino! Salió de Argos Orestes hijo de Agamemnon, y se encaminó al santuario y por mandato de Febo mató a su madre... ¡Numen, oh Febo! ¿Quién creerlo pudiera?

ANT. 2.—¡Mil veces en las plazas

de la Hélade han atronado el viento los sollozos de dolientes esposas que lloraban sus tálamos sin dicha! ¡Cuántas también dejaron la mansión de su esposo para ir a compartir ajeno tálamo! No eres la única tú que haya gustado amargas agonías, ni ellas tampoco son las únicas que al llanto se vieron rendidas!

¡Mal de Grecia fue eso, mal de Grecia! Y cae ahora en la fecunda Frigia de productivos campos la lluvia de la sangre de la funesta muerte.

*Llega Peleo con sus criados.*

PEL. (al Coro): Mujeres de Ftía, dadme a saber a mí que voy investigando. Por vago rumor supe que abandonó la casa la hija de Menelao. Solicito he venido a saber si tal noticia está acorde con los hechos. Cuando los seres que amamos están lejos, debe quien está en casa tener vigilante mirada a los vuelcos de la suerte.

CORIF.—Peleo, lo cierto oíste. No me fuera a mí lícito ocultar las desdichas de que he sido testigo. Huyó la reina, ya no está en esta casa.

PEL.—¿Qué temor la invadió? ¡Dímelo todo!

CORIF.—Trémula ante el esposo, que no fuera a expulsarla.

PEL.—¿Qué? ¿Por haber tramado la muerte del niño?

CORIF.—Sí, y también por temor a la cautiva.

PEL.—¿A aquella se fue con su padre, o con alguno otro?

CORIF.—De esta tierra la lleva el hijo de Agamemnon.

PEL.—¿En pos de qué esperanza? ¿Piensa casarse con ella?

CORIF.—Y al hijo de tu hijo piensa también dar muerte.

PEL.—¿Con ardid oculto? ¿Con abierta batalla?

CORIF.—En el santuario de Loxias y con ayuda de los de Delfos.

PEL.—¡Desdichado de mí... eso es terrible! ¡Sin dilación, al ara de Pitia marchad... que los míos tengan noticia de lo que aquí acaece, antes que sucumba al furor de sus enemigos el hijo de Aquiles!

*Llega un mensajero.*

MENSAJERO.—¡Ay, ay de mí... infeliz, que me toca dar una nueva funesta a ti, oh anciano, y a los que aman a mi amo!

PEL.—¡Ah, qué presentimiento mi alma concibe!

MENS.—De una vez sabe: tu hijo ya no existe, anciano Peleo. ¡Hirieronlo espadas de la gente de Delfos y de ese extranjero que de Micenas vino!

*Peleo se tambalea y los criados acuden a él.*

CORIF.—¿Qué haces, anciano... no te abatas... reanímate!

PEL.—¡Ya nada soy! Me muero... mi voz se extingue, mis miembros desmayan!

CORIF.—Oye con calma todo, si acaso intentas vengar a los que amas. Sabe el hecho y restaura tu cuerpo.

PEL.—¡Moirá fatal... cuando toco la linde de mi vieja vida qué infortunios tremendos me tiene reservados!

¡Dí, mensajero, ¿cómo, cómo se fue de mí el hijo único de mi hijo único? Decláralo... oír quiero lo que oír no quisiera!

MENS.—No bien hubimos llegado al famoso suelo de Febo, por tres días estuvimos contemplando la esplendorosa grandeza del santuario. Bien pronto se inició nuestra sospecha. Grupos, corrillos, se fueron formando entre la gente que el santuario del dios guarda. El hijo de Agamemnon recorría la ciudad y a cada oreja iba destilando estas malévolas palabras: "Ved a ese hombre. Ved cómo recorre los recovecos de la casa del dios, repletos de oro, tesoro que los hombres le han dedicado. Ya vino por segunda vez, como había venido antes, con voluntad de saquear el templo de Febo".

Un maldito rumor se difundió por la ciudad entera. Los regentes de la ciudad se reunieron todos en la sala del consejo, y por su propio motivo los vigilantes de las riquezas del dios reduplicaron su diligencia en guardar los peristilos.

Nosotros, sin saber nada de esto,

llevamos nuestras víctimas nutridas en el Parnaso y fuimos a colocarnos ante el altar juntamente con los patronos del templo y los videntes de oráculos.

Uno de ellos preguntó: —"Joven, ¿qué debemos pedir en favor tuyo? ¿A propósito de qué vienes?"

Dijo él: —"Queremos hacer una ofrenda reparadora de nuestros pasados yerros al dios Febo. Que ha tiempo yo pedí que hiciera justicia de la sangre de mi padre."

Quedó patente, entonces, el peso de las palabras de Orestes, que infamó a mi amo de ser un impostor y venir al santuario con perversos designios. Se adelantó mi amo al santuario para hacer su plegaria en el salón de los oráculos y se puso a quemar sus víctimas.

Fue entonces cuando una gavilla armada con espadas lo asechaba entre los laureles. ¡Esa cría de Clitemnestra, Orestes, había urdido todo!

Mi amo estaba en pie, a la faz de todo el mundo, y elevaba su plegaria al dios. Fue cuando traidores con agudas espadas acometieron al hijo de Aquiles, que estaba totalmente indefenso.

Dio violento la vuelta y se enfrentó contra sus atacantes. No habían dado certero golpe. Sacó su daga y arrebató una armadura que pendía en el pórtico. Se irguió en las gradas del altar, terrible de verse ya con las armas. Gritó furibundo a los de Delfos, pidiendo cuentas de aquello: —"¿A mí que vengo a rendir un culto al dios de mi piedad? ¿Por qué me matáis?"

Ni uno solo de ellos —y era una muchedumbre— chistó palabra. Pero sus manos comenzaron a arrojarle piedras. Era un granizo aquello. Espesa capa de proyectiles iba contra él en apretada lluvia. El hacía esfuerzo por defenderse con la rodela. ¡Intento vano! ¡Qué tormenta: dardos, saetas, pasadores, jabalinas, dardos sin cabo, cuchillos de carnicero, venían contra él y caían a sus pies... Era un baile de muerte el que tu hijo bailaba tratando de

rehuir los proyectiles...! ¡Oh, si lo hubieras visto! Cercado más y más por apretados giros, ya sin cobrar aliento, dejó el ara del sacrificio. ¡Era el soplo tremendo de Troya!

Cual las palomas que huyen desfavoridas al ver al halcón, así aquellos huyeron y pusieron las espaldas. ¡Cuántos en barahunda espantosa caían unos sobre otros, cuántos se apretujaron al pretender salir por las estrechas entradas del santuario, y en el augusto silencio de aquel templo venerable se alzaba el viento y repercutía contra las rocas el espantoso vocerío!

El, en aquella algarabía, se mantuvo calmado, resplandeciente en su armadura. Fue entonces, cuando del fondo del santuario, repercutió una voz fuerte, robusta, espantosa. A ella regresan los acometientes. La lucha se renueva. Se derrumba el hijo de Aquiles. Una acerada daga de un delfico le había herido el costado. Otros lo ayudan. Entre todos lo matan... ¡Ay, ya caído en tierra, quién no lo hiere, quién no lo acuchilla, quién no le lanza piedras. Unos desde lejos; otros muy junto a él. Todos lo acribillan...!

¡Aquel hermoso cuerpo, antes tan bello, deformado quedó a tanta herida!

Era un cadáver ya. Yacía a los pies del ara. Lo toman ellos, lo arrojan del santuario, que estaba perfumado con el olor de sus ofrendas.

Y fue cuando nosotros, con la prisa que pudimos, fuimos a recogerlo. Lo traemos aquí para que en él derrames tus lágrimas y sueltes tus sollozos. Oh anciano, a ti te toca darle el final tributo de ritual sepultura...

¡Esa, esa fue la forma con que Febo, príncipe venerable que da oráculos a otros, árbitro del derecho para todos los hombres, trató al hijo de Aquiles que le rendía el homenaje de su piedad en víctimas!

¡Ah...! ¿Con qué es rencoroso, como un infeliz hombre, y no olvida las antiguas ofensas?... ¿Y así puede ser sabio?

*Tras un largo silencio, aparece una comitiva. Van llegando los que portan el cadáver de Neoptolomeo y poco a poco se colocan en el prosenio.*

CORIF.—¡Llega, llega el Señor de esta tierra; llega de Delfos en brazos ajenos! ¡Desdichado él: desdichado, tú, anciano. Esta es una acogida que darle no quisieras al hijo de Aquiles. Tú mismo, sumergido en crueles desventuras participas de su destino.

PEL. EST. 1.—(Toma el cuerpo de su nieto): ¡Infeliz de mí... dolor tremendo, a mis ojos pasa; en mis brazos yace, a mi casa entra!

¡Ay, ay, ciudad de Tesalia, se llegó nuestra ruina: hemos muerto todos!

¡Se extinguió mi progenie: no hay hijos en mi hogar! Doliente de mí, qué dolor me avasalla. ¿A qué amigo me vuelvo? ¿Qué boca busco, qué manos, que rodillas estrecho?... ¡Hubieras sucumbido cabe el Ilión soberbio, a bordes del Simois! ¡Allí te hubiera herido el azote del Destino!

CORIF.—Anciano, su muerte hubiera sido honrosa y digna, y su suerte de las más gloriosas.

PEL. ANT.—¡Boda, funesta boda: tú arruinaste esta casa, tú acabaste con esta ciudad! ¡Hijo, hijo mío... ojalá que nunca mi progenie, por amor a la prole y a fundar familia, hubiera echado a cuestras con mujer tal! ¡Su nombre mismo era ya un tremendo presagio: Hermione, sí, Hermione, una de las deidades del Averno, y para ti, hijo mío, la puerta del Hades sumergido en tinieblas! ¡Ah, si antes un rayo la aniquilara!

¡Ojalá que jamás para vengar el dardo que dio muerte a Aquiles tu padre hubieras ido a reclamar su sangre al santuario de Febo...! ¡Mortal tú, contender con un dios!

CORO. EST. 1.—¡Ay, ay, ay mil veces! ¡A mi rey muerto ahora voy a elevar mi treno, y con el rito santo de los muertos a entonar las endechas!

PEL.—¡Ay, ay, ay mil veces! ¡Mi-

serable de mí: lloro ya viejo mi desdicha nueva!

CORIF.—¡De un dios procede: un dios decretó el infortunio!

PEL. EST. 2.—(se echa sobre el cadáver): ¡Amado mío... dejaste yerma esta casa! ¡Infeliz de mí! ¡Dejas a un anciano sin hijos!

CORIF.—¡Morir, morir debieras, tú, anciano antes que tus hijos!

PEL. EST. 3.—¡Mesarme los cabellos, dar golpes en mi cabeza con cruel azote! ¿Qué más me queda? ¡Ay, ciudad... me ha dejado Febo sin mis dos hijos!

CORO. ANT. 1.—¡Sufriste y viste tales infortunios, oh anciano sin ventura! ¿Qué te resta en la vida que prosigue?

PEL.—¡Sin hijos, solitario... no veo el fin de mis desdichas! ¡Arrastrar una vida sin dicha hasta bajar al Hades!

CORO.—¡En vano fue que en tu boda los dioses se congratularan de tu felicidad!

PEL. ANT. 2.—¡Sin alas quedó todo... se fue al viento... en tierra yace todo! ¡Oh, cuán lejano de aquella ventura antigua!

CORO.—Solitario en la casa solitaria has venido a quedar.

PEL. ANT. 3.—¡Ciudad, ciudad... ya no tengo... vaya este cetro a tierra! ¡Y ahora tú, tú hija de Nereo, allá en tu hondura de tinieblas dominada, verás cómo me derrumbo totalmente deshecho!

CORIF.—¡Ah... Portento, portentoso...! ¿Qué es lo que se mueve? ¿De qué me quedo absorto? ¿Es un dios? ¡Jovencitas, mirad, poned atentas la vista... Un numen hiende el diáfano éter... va a poner el pie en Ftía nutridora de caballos...!

*Aparece Tetis en la altura.*

TETIS.—Peleo, yo Tetis soy. Vengo acá dejando la casa de Nereo, memoriosa de nuestras antiguas nupcias. Antes que todo: no te abatas a tal grado por los presentes males. Oye mi consejo. A mí llanto mis hijos nunca debieran haberme causado... ¡y perdí a mi hijo Aquiles,

el que de ti tuve! El de los pies ligeros, famoso en toda Grecia, sucumbió a la muerte...

Voy a decirte por qué he venido: recibe mis enseñanzas. A ese que aquí yace, hijo de Aquiles, llévalo a sepultar ante el ara del Pitio dios, en Delfos, para oprobio de sus asesinos. Su tumba será un testimonio perpetuo de la violencia felona del brazo de Orestes.

Y esa cautiva —quiero decir Andrómaca—, vaya a habitar en la Molosia. Anciano, que ella entre al tálamo de Heleno. Y con ella vaya ese niño, resto único ya de la prole de Eaco. De él han de salir reyes. Una larga cadena de soberanos, uno tras otro, tendrán ventura en Molosia.

¡No ha de extinguirse, no, oh anciano, ese linaje! ¡Es tuyo, es mío, de Troya misma es! ¡Vigilantes están los dioses y habrán de estarlo sobre ella: no importa que sucumbiera por la voluntad de Palas.

Y tú, tú, oh Peleo: si mi lecho obtuviste, siendo como soy diosa, hija de un dios, yo voy a hacerte exento de los males que los mortales tienen que sufrir: sin muerte, sin corrupción... te haré un dios. Y conmigo, una vez más unido, morarás en la casa de Nereo, un dios tú, copartícipe de una diosa. Con pie enjuto cruzarás las olas del Ponto y al amadísimo Aquiles, nuestro común hijo, habrás de verlo en la isla en que habita, la Costa Blanca, dentro del Ponto Euxino.

Marcha ya a Delfos, ciudad del dios; lleva ese cuerpo; sepúltalo en

esa tierra. Ve luego hasta el recóndito arrecife de Sepia. Allí establece tu morada. Espera que yo venga de los mares undosos con un coro de cincuenta Nereidas para que sean tu comitiva. Ese es tu destino. Zeus lo decretó.

Ya no te angusties por los muertos... Para todos los hombres es fallo de los dioses que hay que morir.

*Desaparece Tetis.*

PEL. — Reina, sagrada, partícipe un día de mi lecho, hija de Nereo, salve. Todo es acorde a lo que tú muestras en ti misma y en tu linaje. Cesó en mi duelo. Tú me lo mandas. Voy a sepultar a este difunto. Después iré a Pelión, en cuyas cuestras tuve el dichoso sino de estrechar en mis brazos tu reluciente cuerpo...

Y ahora, ¿habrá quien niegue que para desposarse no se exige prudencia? Tomar para el hijo mujer digna; llevar la hija a un hogar noble. No anhelar un vil lecho, aunque se obtenga una dote rica. Quien tal hiciera, nunca de parte de los dioses recibirá infortunio.

*Parte el cortejo llevando el cadáver de Neoptolomeo y todos siguen a Peleo que va en pos de él. El Coro vuelto al pueblo dice como final:*

CORO.—Muchas formas los númenes tienen; muchos son los hechos que los dioses fraguan. Lo que esperamos nunca a cumplirse llega, y un dios hace venir lo no esperado. Esto resulta del drama aquí ejecutado.